

MISTERIO EN EL PRADO

Estoy pasando unos días de verano en casa de mis tías en Granada. La temperatura es muy alta, casi cuarenta grados, por lo que estamos en la terraza del ático donde vive Tere. Conversan los mayores y los pequeños tomamos unos zumos bien fríos. Mi prima Carla tiene una idea. Me comenta "Oliver, ¿Qué te parece si convencemos a Tito Manuel para hacer un viaje de fin de semana a Madrid?" Me parece muy buena idea, así que acordamos hablar con Lorenzo y Berta y cuando estábamos todos informados y con el plan bien preparado es Carla quien se acerca a Tito y con la zalamería propia de ella le dice: Papi ¿si en vez de pasar un verano como los de costumbre, hiciéramos que este verano fuera especial? Los primos están de acuerdo y nos haría mucha ilusión, poder visitar Madrid, sus museos sobre todo.

Nosotros pusimos cara de ovejitas mimosas y lo miramos directamente a los ojos. Al día siguiente nosotros nos sorprendimos. En la mesa habían unos sobres, unos tickets de tren Granada- Atocha y entradas para el Museo del Prado.

-Partimos mañana, nos comentó, con una sonrisa de oreja a oreja- Será un fin de semana inolvidable.

Nos volvimos como locos, reíamos y saltábamos de alegría, probamos la cometa, pero recogimos pronto nuestros platos para salir corriendo a preparar nuestras cosas para el día siguiente salir tempranito llenos de ilusión y con unas mochilas a nuestras espaldas.

Es viernes, estábamos en Madrid, Atocha, estación de tren, Subimos por el paseo del Prado, rumbo a nuestro hotel. Subimos mirando a ambos lados y vemos el Reina Sofía poco más adelante El Prado, El Thyssen y la Fuente de Neptuno. Un tramo corto para tantas obras de arte.

Ya eran las 4 de la tarde cuando por fin entramos en el Prado Goya, Velázquez, El Greco, Fra Angélico... Todos nos recibieron exponiendo, próximo al desmayo, por un momento me vi caer, pero una señora vestida de principios del siglo XIX me recogió, creí reconocerla, ¿Dónde la había visto antes? No lograba recordarlo, cuando un caballero con la mano en el pecho me indicó por donde ir. Avancé por bosques encantados en los que me pareció ver tres gracias a mis ojos. Intenté seguir avanzando pero me escondí detrás de lo que me pareció un cuerpo caído, el corazón me latía con fuerza, me daba la impresión que se me salía del pecho, ¿dónde estaban mis primos, porqué no detenían lo que estaba ocurriendo? unos fusileros tenían contra la pared a unos rehenes andrajosos, con cara de susto ¡Paren! ¡Paren! Grité. Ni caso, corrí hacia ellos, pero se alejaban en vez de acercarse y en su lugar aparecían unas niñas mirándome con caras perplejas como si yo estuviera loco. ¿Lo has visto? Pregunté, pero permanecieron impertérritas, como si no fuera con ellas. Yo creo que se debía a que un señor las estaba retratando. Este mismo se paseaba por la sala con pincel en mano, plasmando otros retratos de gente vestida a modo de siglos anteriores, incluso uno de ellos subido en caballo. Me aparté, solo quería encontrar la salida o a su defecto, el mostrador de información.

Escuchaba mi nombre, pero no veía a nadie. Ahora más fuerte, más cercano. Oliver, Oliver, Oliver. Me sorprendió la visión que tenía delante, mi tío y mis primas, me miraban con cara de preocupación. Yo sonreí. ¡Me alegraba tanto de verlos! El embrujo de las obras de arte se había apoderado de mí. Un simple desmayo para algunos. Una experiencia inolvidable para mí.

Oliver Díaz Hernández 5ºB
Colegio Marpe Altavista